

Primer capítulo

—“El cuerpo quedó exactamente a la mitad.” El comisario Montgomery estaba tan asombrado que sólo pudo decirme eso. ¿A la mitad de qué?, hubiera podido preguntarle yo, pero no era necesario: hasta los últimos barrios de Jacksonville ya sabían a esas horas que acababan de matar a Henry Marino y que el cadáver quedó justo en el corazón de nuestro Central Park...

—No me acostumbro al nombre: Central Park. Ese jardín de enfrente no es centro de nada. Ni siquiera sirve para acercar a las dos ciudades que se lo pelean. Al contrario —me advirtió Steven Stock, profesor universitario, agudo conversador, contertulio que me aligeraba las tardes desde que me jubilé de mi cargo de jefe de la justicia ministerial de Jacksonville. Ahora los dos podíamos ver la vida sin comprometernos, sólo comentándola y estudiándola.

Era la hora del whisky en la terraza del tercer piso del América Inn; este bar al aire libre prodigaba la mejor vista de “nuestro Central Park”, el cual no era sino un amplio jardín lleno de agradables senderos y de nogales y pinos y de reductos de rosas y rododendros re-

servados al esmero y al patrocinio de las mejores familias, así que una isla de flores pertenecía a los Smithson de Jacksonville y otra a los Smithson de Palmito... Sí, era cierto: nuestro parque no sólo usurpaba un nombre desproporcionado: ni siquiera pertenecía a una sola de las dos ciudades gemelas y continuaba en litigio desde tiempos suficientemente lejanos como para contribuir a agravar y a oscurecer las diferencias entre los habitantes de Jacksonville y los habitantes de Palmito, al grado de dividir familias de la misma manera en que un cuchillo corta semillas de naranja por el centro; y ahora allí, en el sensible espacio de la verde y colorida frontera de los dos condados, había caído por una sola bala el banquero Henry Marino Jr., quien no había hecho sino lo que todos hacíamos una y otra vez, y ese hábito le agregaba ahora un toque de mayor dramatismo a la situación: había cortado camino por uno de los senderos; y es que, en efecto, gracias a nuestro parque todos andábamos a pie si nos movíamos por el centro y por eso teníamos el cerebro y los músculos más irrigados que los habitantes de otras ciudades; teníamos suficientemente mejor irrigados los músculos como para que uno de nosotros hubiera sido capaz de arrojar un rifle por encima de una barda y de hacerlo caer en los arbustos del traspatio en la casona del crimen.

—Esto que dices ratifica tu deseo de imparcialidad —hablé con tono grave, como si todavía tuviera prisa y poder; algunas veces sentí, cuando hablaba con semejante tono, que tal vez buscamos afanosamente la prisa y el poder para investarnos de ese aire serio y seguro que siempre causa muy buena impresión—. En cambio, yo sólo dije “los últimos barrios de Jacksonville” y tendría

que haber dicho “de Jacksonville y de Palmito”; lo que pasa es que treinta años de comisario en mi ciudad me acostumbraron a repetir lo menos posible el nombre de la ciudad vecina.

—Pero sigue contando. Viste a tu sucesor Montgomery más *desconcertado* que nunca.

—Me adivinas la intención; sí, eso quise decir: lo vi *desconcertado* y no sólo *asombrado*. Por lo que sé, las cosas pasaron así —pronuncié con repentina y deliberada frialdad profesional y apunté hacia el extremo oeste del Central Park—: el disparo silbó desde la casa de Barry Hardy. El arma fue un rifle tipo fusil BARRET calibre .50 con mira telescópica sin registro ni huellas dactilares, que a los pocos minutos fue descubierto y asegurado en el traspatio de Hardy. La víctima, Henry Marino, cruzaba el parque por la mitad en una más de las muchas diligencias que hacía en las averiguaciones para resarcir al menos una parte de sus bienes a quienes confiaron en él y depositaron sus fortunas en la prestigiosa casa de bolsa de Ben Manfred e hijos, de Nueva York. La bala lo alcanzó a la mitad de la espalda y lo atravesó. Un experto habría sabido que no había nada que hacer pasados treinta segundos del seco silbido del rifle, pero los primeros que se acercaron eran todo menos expertos: voltearon el cuerpo palpitante con la esperanza de darle algún tipo de auxilio, y ese hecho ahora agrava las diferencias entre la comisaría de Jacksonville y la de Palmito. Mis informantes están tratando de averiguar si un par de tipos pudieron adelantarse después del disparo y colocaron el cuerpo allí, aprovechando que la frontera se delimita perfectamente por el color distinto del césped como efecto del diferente tipo de fertilizante

y de tratamiento que usan los conservadores de jardines en cada una de las dos ciudades... O algunos se adelantaron a los demás curiosos y comedidos o todo fue producto de la más siniestra e irónica de las casualidades. Me inclino por lo primero: si entre nosotros una mente criminal también es una mente por lo menos perceptiva, ya se habrá dado cuenta de que provocar la pugna entre las dos comisarías será una buena táctica para ganar un tiempo precioso.

—Los que voltearon a M...

—Los que *creen* que alguien volteó a Marino ya ni siquiera se atreven a decir si lo vieron hacerlo y cuánto exactamente lo movieron, y para colmo pisotearon de tal manera el césped de la escena del crimen que no hubo modo de saber con toda precisión en qué sitio cayó el cuerpo, así que no hay una prueba irrefutable de a qué alcaldía le toca resolver el caso.

—¿Y para qué quieren pelearse un caso tan delicado?

—No siempre han querido. Al principio buscaron deshacerse del cuerpo, aventándolo una pulgada al territorio rival. Pero Montgomery, mientras con los ojos empujaba a Marino para que uno más de los botones de su saco se recorriera hacia Palmito, pues hasta ese extremo llegaron: llegaron a contar cuántos botones pertenecían a Jacksonville y cuántos a Palmito, y hasta hubieran querido pesar la parte del cadáver caída en una condado y la parte caída en el otro si hubiera sido posible deslizar una báscula entre el césped enrojecido y la espalda inerte para decidir, conforme al criterio de la masa corporal, de quién era la responsabilidad; pero Montgomery, te digo, recibió una llamada y sólo dijo

“Sí, señor” un par de veces y luego, en cuanto cerró su celular como quien da un carpetazo, empezó a valerse de los argumentos de su colega de Palmito para decir que, bueno, sí, era cierto, el caso correspondía a Jacksonville.

—Y entonces...

—Y entonces —resoplé; mi amigo Steven Stock era el interlocutor ideal: nunca se incomodaba si lo interrumpía o si tomaba sus palabras textuales para construir mis párrafos; era un hombre inteligente y débil o, más que débil, debilitado por mi personalidad, acostumbrada esta última a vérselas con esa gente que compensa su falta de atributos exacerbando el único que posee: un abundante voluntarismo convertido en dureza, en crueldad, en un cinismo capaz de los peores crímenes; el trato con el economista y humanista Steven Stock en mi plácido retiro me restituía a aquel mundo intangible de ideas y de análisis del que huí de joven por mi simple avidez de realidad; Stock, aparte, era melómano, y me recordó los dones de la buena música, que eran una especie de heráldica en mi vida, pues fui hijo de un noble magistrado de la Corte Suprema de la Nación, a quien recuerdo, más que en los pasillos de la justicia, en las salas de conciertos y en la salita de nuestra mansión, donde escuchaba aquellos discos pesados y negros que, no sin cierta estática, le permitían sentirse próximo a sus compositores e intérpretes del alma; siempre he tenido la certidumbre de que aquel aristócrata de las Leyes jamás me perdonó el haber puesto mis estudios de Derecho al servicio de las humildes tareas de un policía; conversar con un economista y humanista me traía un estado de ánimo

que en mi fuero interno o en mi simple aptitud para engañarme equivalía a una suerte de atardecer en que alcanzaba a reconciliarme para siempre con el ánima vagabunda de mi padre. A modo de compensación, yo le enseñaba a mi contertulio a llevarse un poco mejor con la materia, en cuyo comercio era tan torpe que hasta combinar adecuadamente los colores de su ropa le resultaba, por lo visto, una tarea difícil, y acomodar en el sitio más adecuado su silla lo obligaba a numerosas cavilaciones y modificaciones sobre la marcha, hasta el punto de que pararse, ajustar su asiento y sentarse eran los únicos actos que venían a interrumpir, bien que constantemente, nuestro diálogo— el comisario de Palmito sospechó algo y, sin necesidad de recibir una de esas llamadas que se clasifican en la categoría de “órdenes superiores”, pero esperando recibirla en cualquier momento, aprovechó las razones de Montgomery y empezó a contar los botones del saco de Henry Marino a su favor.

—Mi hijo Walter se acercó a la escena del crimen.

—Yo sé. ¿Y qué vio? Yo tuve mis informantes. Los sigo teniendo. ¿Qué vio Walter?

—Le tocó ya muy atrás en el tumulto. Además, mientras tanto había caído la noche cerrada...

—Noche cerrada de un día histórico para nuestras dos comunidades.

Supe que mi frase le gustaría a Steven Stock por su carácter épico e imparcial, tan amplio, tan abarcador y tan generoso como el espíritu de él y del difunto Henry Marino. Y a propósito de este último, el acoso que sufrió durante sus últimos días fue consecuencia de

que a los pocos segundos de que los noticieros se abarrotaron con los datos iniciales del fraude financiero de Ben Manfred, la ciudad de Jacksonville volvió la vista en busca de un culpable de los desfalcos domésticos, y ése no podía ser otro que Henry Marino, aunque el muchacho no hizo sino cumplir con su deber ofreciendo bonos aquí y bonos allá para que la ciudad fuera la primera de las dos en incorporarse a la exclusiva cartera de clientes de Manfred y en ponerse así al lado de clientes tan exclusivos como dos o tres premios Nobel, como veinte o treinta apellidos de acendrado abolengo, como cineastas y deportistas de fama internacional y, sobre todo, como otros banqueros, aseguradoras, rescatistas monetarios, todos ellos convencidos del prestigio centenario de la casa Ben Manfred e hijos, de Nueva York.

A Steven Stock y a mí, Gabin William de Nègrepellise, nos gustaba, a él intercalar y a mí escuchar, versos de Walt Whitman, quien a su juicio era “el último hombre sabio que ha caminado sobre la Tierra”: siempre encontraba de memoria la cita justa extraída “del divino *Leaves of Grass*”. La cita para entender la guerra entre Jacksonville y Palmito era aquella de

El abrazo, las garras entrelazadas, una rueda viviente
[que gira impetuosa,
Cuatro alas agitándose, dos picos, torbellino de masas
[apretadas debatiéndose...

La cita para la situación actual eran unos versos que parecían dictados expresamente al oído del hoy difunto banquero:

A UNO QUE PRONTO VA A MORIR

Te señalo entre todos los demás, tengo un mensaje
[para ti:
Morirás — que los otros te digan lo que gusten; yo no
[puedo mentir.
Soy exigente y despiadado, pero te amo —no te
[escaparás.

Dulcemente pongo mi mano derecha sobre ti, apenas
[si la sientes...

—Noche poco propicia para las pesquisas...

—Pero no para los disimulados golpecitos que las puntas de los zapatos de los comisarios Montgomery de Jacksonville y Nelson de Palmito daban al cuerpo insepulto con el cada vez menos secreto propósito de que, primero, se venciera hacia el condado rival y, luego, cambiadas de común acuerdo implícito o inconsciente las posiciones de los comisarios, de que regresara, como quien dice, al terruño. ¿Pero qué te dijo Walter?

—Le llamó la atención ver, en la última fila del tumulto y parándose de puntitas, a Chelo Gómez.

—¡Chelo Gómez! ¡Claro! ¡Chelo Gómez otra vez! ¿Por qué no se me ocurrió pensar en él?

Chelo Gómez daba la apariencia de irse siempre borrando poco a poco por el efecto de una gabardina dos veces más grande que su cuerpo. Pero ese hombre, con todo y ser flacucho y módico, había resuelto varios casos de mi comisaría razonando en cada ocasión perfectamente mal, concatenando detalles que no tenían nada que ver el uno con el otro y, sin embargo, confiándose siempre a un método misterioso, para entonces ya legendario, del que sólo sabíamos que se nutría de la

incisiva contemplación de cuatro paredes cada vez más cubiertas con las pinturas y con las fotos de los criminales más famosos y sanguinarios de todos los tiempos, pinturas y fotos arrancadas a periódicos y revistas, y se nutría de la lectura de literatura policiaca ficticia y no ficticia, así como del minucioso estudio, más que lectura, de todas las secciones de los diarios, incluida la de finanzas y negocios. Parecía, viéndolo bien, el hombre adecuado para aclarar los hechos.

Segundo

—Walter comentó que por la simple circunstancia de haber estado junto a Chelo Gómez unos minutos acabó oliendo a la loción de este hombre.

—Sólo que Chelo Gómez ha dicho que él no usa loción. Que el que la usa es su vecino y que él procura saludarlo con un abrazo todas las mañanas para quedar envuelto en un buen aroma gratuito el resto del día.

—¿Así dijo? ¿“Buen aroma gratuito”?

—Nunca habla muy claro, pero se le entiende. Yo lo entiendo, por lo menos. O le adivino la intención. Rodea sus palabras con todas esas envolturas que les ponen los de su raza y yo me adelanto, les quito la paja a sus razonamientos y tarde o temprano descubro qué equivocados son y qué bien llegan a la conclusión correcta. Es un hombre desconfiado y es todavía más reservado que desconfiado: pocos sabemos de dónde viene y cuál es su verdadero nombre. Aquel perfume escandaloso y aquella gran gabardina que equivale a un lugar común, a una obviedad, a un *déjà vu* hecho de tela, son el único indicio que tenemos de que su personalidad, en el fondo, no desea la reserva, sino la fama. En fin. Ayudará a

Montgomery, sólo que lo ayudará a su modo.

—No es un hombre tan atractivo para las mujeres como lo fue Marino.

Sonreí lo mejor que pude: poner juntos a Gómez y a Marino en cuestión de apostura, de facciones finas y de buen vestir era otra de esas inofensivas crueldades a las que era muy afecto el bueno de Steven Stock para salpicar su charla.

—No —accedí—. Más bien lo contrario. Chelo Gómez preferiría ser invisible para hacer mejor su trabajo de husmeador profesional y lo lograría si se decidiera a usar la gabardina de su talla y el perfume sutil que le regalé unas Navidades. El pobre de Henry Marino, en cambio, fue un bisturí de cuatro filos que pasó por el mundo hiriendo corazones de muchas mujeres y de algunos hombres. Lo que me contó una vez y lo que era evidente con poco que se le conociera, es que él hubiera querido formar una familia pequeña y tener una granja o por lo menos una mascota en la que concentrara todo el amor que hubiera diseminado entre los animales de una granja. En otras palabras, él hubiera querido retirarse cuanto antes a gozar de sus ahorros y tal vez por eso trabajó tanto y tan desesperadamente, aunque ahora podemos sospechar que la intensidad de su vida profesional y de su vida íntima obedeció a aquel candente magma de intuición profunda que sólo vislumbran pronto los que van a vivir pocos años. Eso sí: amaba a los animales más que a los humanos.

—Le quedaba aquello de

Me parece que yo podría vivir con los animales: son
[tan plácidos y retraídos,

Me detengo a contemplarlos largamente.
No protestan, no se quejan de su situación,
No andan desvelados en la oscuridad ni lloran por sus
[pecados,
No me exasperan hablándome de sus deberes para con
[Dios,
No hay ninguno que no esté satisfecho, no hay
[ninguno que esté poseso de la manía de poseer.

—Pero Henry Marino quiso poseer... —atajé.

—Quiso poseer la posesión: quiso tener dinero.
Mucho dinero.

—¿Qué diría nuestro Whitman al respecto?

—Al respecto exactamente creo que nada, aunque creo que no condena a los que ambicionan poseer la posesión. Más bien, si hubiera visto a Henry Marino, y de alguna manera lo vio, habría dicho que él solo era aquellos veintiocho muchachos que nadan en la playa y enamoran a la mujer solitaria que los contempla desde la ventana y al final se arroja a la playa para amar a cualquiera de los veintiocho muchachos, incluso al más feo, y no amarlo por feo, sino porque la belleza de ser muchacho o muchacha es ya de por sí como la síntesis de la plenitud y la energía del universo. De las muchas alegrías de este poema, no es la menor el hecho de que la mujer en realidad permanece fuera del agua y aun así el deseo de estar entre ellos es tan fuerte que los chicos sienten que ella los salpica, invisible.

—Tal vez a la respectiva mujer en el trágico poema de la vida de Henry Marino le habría convenido permanecer en su cabañita playera contemplando al feo muchacho desde su ventana, porque ahora es la princi-

pal sospechosa del crimen, dado que, para colmo y para su desgracia, era amiga de Barry Hardy y tenía llaves de la casa desde cuyo porche se hizo el disparo fatal.

—¿Cómo se llama ella?

—Melisa Bond.

—¡Ah! ¡Melisa!

—¡Vaya! Ahora todos parecemos conocerla.

Steven Stock se puso tan nervioso que tuve que dirigirle la mano para que acertara a tomar sus cigarros. Mi gesto me recordó el de una joven cajera en el banco más próximo a mi casa, cierta mañana en que me dolía tanto el cerebro que acerqué la mano con los billetes y las monedas y la dejé lejos de ella, como un ciego que se orientara por la voz, y ella me tomó la mano y los billetes y las monedas y luego puso allí mi ficha de depósito. ¿Por qué me tomó la mano ella? La amé desde entonces. Era una chica muy amable, y nos hicimos cómplices. Nunca me atreví a invitarla a cenar o a tomar algo, pues no quería destruir mi vida largamente, dificultosamente establecida. Pero su gesto quedó en mí como una síntesis de aquella gratitud de Iván Karamazov cuando despierta en pleno juzgado y agradece y bendice a la humanidad entera por la anónima mano piadosa que puso una almohada en su cabeza mientras dormía. Steven Stock me había hecho leer *Los hermanos Karamazov* y yo había sugerido a Chelo Gómez que frecuentara a Dostoievski; el gesto ambiguo de Chelo Gómez no me ayudó a entender si ya lo conocía.

—Melisa, sí. Hay que considerar los antecedentes: el primer afectado en Jacksonville por los monumentales desfalcos de Ben Manfred fue el propio Henry Marino, quien puso una bonita cantidad en uno de los

hedge funds de Nueva York como ejemplo de lo mucho que confiaba él mismo en el viejo Ben. Los ininterrumpidos intereses generados durante más de quince años por la casa de bolsa de este último llegaron a estabilizarse a tal punto en un mínimo de 12% anual, que Ben Manfred se convirtió en el modelo más puro de fuerza y de confianza. Los seres humanos necesitamos de vez en cuando que un semejante nos recuerde sobre la Tierra a un ser incommovible, sereno, sabio, bueno, estable y seguro en la adversidad. Ben Manfred y su incommovible tasa de interés del 12% eran eso en Nueva York, y Henry Marino se esforzaba en serlo en Jacksonville. Lo lograba casi siempre: su simpatía, su estampa, su tren de vida, sus relaciones neoyorquinas y su manejo de la jerga financiera, un manejo a la vez claro y enigmático, lo convertían en una franquicia viviente y doméstica del Viejo Ben, quien a su vez era una franquicia viviente y universal del Viejo Dios.

—Pero no puede haber sido mucho lo que ahorró Marino. Era joven y gastaba en sus mujeres y en esas fiestas a las que por más de cinco años asistió lo más fino de la sociedad de Jacksonville, con los padres y las madres llevando de la mano a sus hijas casaderas.

—Ahorró un millón de dólares. Su primer millón. Henry Marino vivió contagiado de esa dolencia que consiste en no disfrutar el primer millón porque ya se está pensando en el segundo. Así funcionan estas cosas. La publicidad no tiene ningún escrúpulo en recordárnoslo: “Lo importante no es llegar, sino tener siempre algo que alcanzar.” Él, por lo menos, no descansó, pese a que un millón de dólares era originalmente la meta de su vida, quizá demasiado pronto lograda. Henry fue

el único hermano pobre en una familia pudiente. Le puso una pizca de ironía a esta difícil situación cuando dijo que la ventaja de tener parientes ricos no era que él podría recurrir a ellos en caso de necesidad, sino que ningún hermano o primo recurriría a él. Tuvo otra intuición brillante: se dio cuenta de todo lo que implica y promete el hecho de que, en estos tiempos, muchos políticos y muchos empresarios se parezcan cada vez más unos a otros. Se dio cuenta de que los ambiciosos, en cuanto tienen dinero, quieren convertirlo en poder, y en cuanto tienen poder, quieren convertirlo en dinero. Ganan poder y huelen dinero; ganan dinero y huelen poder. Almuerzan dinero y buscan cenar poder; almuerzan poder y buscan cenar dinero. Asumen un cargo público y lo traducen a cuentas bancarias; abultan sus cuentas bancarias y las traducen a cargos públicos. De ese tamaño es su amor por la humanidad, su espíritu de sacrificio. El primero de los clientes de Marino, quiero decir, el primero en interesarse en el proyecto de Marino de incorporar carteras de Jacksonville al club selecto de Ben Manfred, fue un joven financiero y promisorio editor que quería abrir una franquicia local de *Power & Money*. Estoy hablando de Joe White, al que tú debes conocer, y por tu cara veo que sí lo conoces, incluso muy bien. Henry Marino y Joe White eran amigos desde el *high school*. Practicaban deporte, sí, eran atléticos, sí, procuraban sus respectivas personas, sí, lo acepto; sin embargo, sobre todo soñaban con tener una bonita casa con mujer y mascota y varios acres de césped bien regado y una réplica de la bonita casa en el corazón de Manhattan, cerca del Central Park por excelencia y no sólo del modesto Central Park autóctono, y otra réplica a las

orillas de la Costa Azul y una isla a su nombre, todo eso como consecuencia de su sospecha o aguda intuición de que la suma de dinero en la cuenta de cada poderoso tiene que estar creciendo por ella misma y ha de estar disponible, de modo que el poderoso sienta que es cierto aquello de que el dinero trabaja por sí solo, lo que da la grata sensación de que aun estando en una tumbona a la orilla del mar, uno está en realidad produciendo, y al mismo tiempo uno quiere sentir que el dinero está tan a la mano como sea posible. Todo eso, ¡qué diablos!, requiere de un profesional de la intermediación. Estos muchachos parecen nacidos para mediar, para ponerse entre uno y la realidad, entre el dinero y el poder, entre el poder y el dinero, entre una cuenta y otra, entre un fondo y otro. Son el frutero en la mesa, la sal en la cena, el whisky en la charla, el hilo en la ropa, la isla en el lago, el tercero en el dúo, el clímax en la película, el agua en el bautismo, el sacerdote en la boda: sin ellos no hay ni boda ni bautismo, aunque nunca se casen y, para efectos prácticos, viéndolo bien sean ateos...

Me interrumpí: contra su costumbre, Steven Stock daba la impresión de no escucharme. Se ponía de pie, reacomodaba su silla para impedir que algún vientecillo de la montaña le arruinara los pulmones, se sentaba y, no conforme, agitaba el cenicero, con la consecuencia de que su mano izquierda se cernió con los luctuosos restos grises y negros de nuestros cigarrillos. Yo hubiera querido ponerle nuevamente la mano en la mano para serenarlo, sobre todo desde el instante en que adiviné que él estaba sufriendo con nuestra conversación en vez de gozarla como era pacto implícito y costumbre, y también adiviné la razón: en su cabeza se revolvían imá-